

EL APARATO

El aparato, la máquina -Deus et machina- constituye la esencia, el meollo, el núcleo duro de los partidos políticos. En el Aparato reside su poder omnímodo, y los ciudadanos que, movidos por su fe en determinadas siglas – sean las que fuere- deciden ingresar en sus filas, saben que deben aceptar con fidelidad el sacrosanto voto de obediencia debida al Aparato.

Por radio, prensa y televisión – tierra, mar y aire- circulan a bombo y platillo tertulias, columnas y telediarios, escandalizados, a favor o en contra de la contienda Cascos- Marqués. Un asunto que está a la orden del día y ocurre hasta en los mejores partidos: el Aparato retira su confianza a uno de sus servidores y a éste no le queda más remedio que obedecer e irse a casa. Así de sencillo. No voy a entrar a analizar las razones de las desavenencias; ni a buscar quién es el culpable.

Los partidos políticos, como el ejército o la iglesia (aunque no lo reconozcan) son estructuras piramidales, donde el Capitán General, el Papa y el Aparato mandan sobre la tropa. Es curioso que en estos días ande todo el mundo, incluido el Obispo de Oviedo, rasgándose las vestiduras y pidiendo explicaciones como si esto fuera una democracia.

¿Qué explicaciones les dieron en su día a Escuredo, Albiñana, Barreiro, Vidal Quadras...? Las órdenes del Aparato han de acatarse sin rechistar y ¡ay de aquel que pretenda cuestionarlas! Puede acabar encarcelado, excomulgado o arrojado a las tinieblas exteriores.

A ningún concejal, alcalde, diputado, senador, presidente de autonomía o consejero se le puede llenar la boca diciendo: “el escaño es mío. Me han votado tantos millones de personas” No señor. A usted no le ha votado nadie. Han votado a las siglas que usted representa, el Aparato de su partido que, como es lógico, está encantado con el sistema engañabobos de las listas cerradas.

Si todas las grandes vocaciones son dignas de encomio, la de político, que no tiene ninguna recompensa en el Reino de los Cielos, merece toda nuestra admiración. Hoy, cuando los miembros de un partido escuchan la llamada del Señor –Partido-, deben abrazar la vida política haciendo voto de obediencia, prometiéndole fidelidad en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte los separe.

Ahora con el advenimiento de las primarias, el Demonio de la tentación ha entrado en la casa del político que, llevado por el orgullo y la arrogancia, se atreve a enfrentarse con el Aparato. Craso pecado de soberbia que puede dar al traste con el sistema si los Aparatos no están listos para cercenar de raíz estas absurdas ideas de libertad.